

L A S I L L I T A

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1921, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA SILLITA

ENTREMÉS

Estrenado en el Teatro de la Infanta Isabel
el 28 de Abril de 1921



MADRID

1921

A «JOSELITO» RODRÍGUEZ LA ORDEN,

el más sevillano de todos los sevillanos, se complacen en dedicarle el más sevillano de cuantos entremeses han escrito, los más sevillanos de sus amigos y admiradores,

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ISABELA.....	MARÍA GÁMEZ.
AMALIA.....	JOAQUINA DEL PINO.
ROMÁN.....	ANTONIO SUÁREZ.

LA SILLITA

Una calle solitaria y llena de sombra, en Sevilla. Al foro, la puerta de la casa de Amalia, la vecina más pacífica y desocupada de la calle. Es mediodía, en el mes de junio.

Por un lado de la calle sale Isabela y Román por el otro. Isabela, hija de una famosa estanquera sevillana, heredará de su madre la fama y el estanco. Román, hijo de un no menos famoso dorador, heredará asimismo la tienda y la fama. Se cruzan en medio de la calle, se miran distraídos y luego los dos vuelven la cara a la vez y se reconocen.

ROMÁN. ¡Isabel!

ISABELA. ¡Román!

ROMÁN. ¿Cómo lo pasa usted?

ISABELA. Yo, bien, ¿y usted? Yo desía: yo conozco esta cara.

ROMÁN. Eso mismo me pasó a mí. Como ahora nos vemos tan de tarde en tarde... ¿Quién fué quien me dijo el otro día que usted había estado mala?

ISABELA. ¿Que había estado yo mala?

ROMÁN. ¿Quién fué? ¡Ah, sí! Monolita Álvarez, la entená de *Lenteja*.

ISABELA. ¿De *Lenteja*?

ROMÁN. *Lenteja*, er de la plasa de la Encarnación.

ISABELA. No lo conozco.

ROMÁN. Y ¿ha sío verdá eso? ¿Ha estao usté mala?

ISABELA. Sí, señó. Este mayo pasæo me dió *un gripe* muy fuerte.

ROMÁN. ¡Dichoso *gripe*!

ISABELA. Creí que las liaba. Però ya estoy mejó.

ROMÁN. Ahora no pué usté está mejó.

ISABELA. Gracias.

ROMÁN. No hay de qué darlas.

ISABELA. Usté siempre con sus finuras.

ROMÁN. Doradó que soy.

Sale Amalia a su puerta y se sienta a tomar el fresco. Isabela y Román, que estaban casi delante de ella, se echan a un lado.

AMALIA. Buenas tardes.

ISABELA. Buenas tardes.

ROMÁN. Buenas tardes. ¿Y su madre de usté, Isabela, que no le he preguntao?

ISABELA. Tan buena que está. Con su genio, pero tan buena.

ROMÁN. ¿Y su tita?

ISABELA. Tan buena que está. En el estanco casi siempre. Desde que se quedó viuda nos acompaña mucho.

ROMÁN. Es verdá, que murió Restrepo. ¿De qué murió Restrepo?

ISABELA. ¿Restrepo? Pos Restrepo murió der miedo ar tifus.

ROMÁN. Escuche usté, ¿der miedo ar tifus?

ISABELA. Sí; leyó en los periódicos que er tifus daba con el agua, y é, que ya era afisionao, apretó en los licores. Y lo mató un derrame.

ROMÁN. ¿De licores?

ISABELA. ¡De licores... y de to lo que bebió en su vida! La pobre tita ha descansao.

ROMÁN. ¿Y el hermanito, toreá o no toreá?

ISABELA. ¿Quién? ¿Mi Pepe? ¡Qué ha de toreá!

ROMÁN. ¿Por qué?

ISABELA. ¡Porque hasta de los caracoles se asustal Pa toreá es presiso arrimarse a los toros. Y mi Pepe ve una vaca de leche y se pone blanco.

ROMÁN. ¡Ja, ja, ja!

ISABELA. Formá lo digo; no crea usté que es ponderasión. Yo no sé cómo le ha dao por er toreo. ¡De un bastón con er puño de cuerno huyel No, no lo coge un toro.

ROMÁN. Más vale.

ISABELA. Más vale.

ROMÁN. Le encaja bien aqueyo que se cuenta der padre de los *Gayos*. ¿Usté no lo ha oído?

ISABELA. No.

ROMÁN. Pos disen que a Fernando er *Gayo* le dieron un día la notisia de que había cogío er toro a un banderiyero que juía mucho. Y Fernando er *Gayo* preguntó: «¿Ha ido er toro a la fonda?»

ISABELA. ¡Ja, ja, ja! Sí; de esa misma casta es mi Pepe. Un güeso.

ROMÁN. Un güeso, sí.

ISABELA. Pero un güeso de esos que no le dan sustancia a la oya.

ROMÁN. Ya, ya.

AMALIA. *Levantándose.* Niña, usté disimule. ¿No quié usté que le saque una siyita?

ISABELA. No, señora, no; gracias. Voy de paso.

AMALIA. ¿Ni usté tampoco, joven?

ROMÁN. Tampoco; gracias. Yo también voy de paso.

ISABELA. Muchas gracias.

AMALIA. No las merese. *Se sienta.*

ISABELA. *A Román.* ¿Usté se casó?

ROMÁN. ¡Yo no, hija!

ISABELA. ¿Que no se casó usté?

ROMÁN. ¡Que no me he casao!

ISABELA. ¡Pos yo no lo he soñao, Román!

ROMÁN. ¡Pos no me he casao, Isabelita! ¿Quié usté que le enseñe la sédula?

ISABELA. No, hombre, no hase farta; basta que usté lo afirme. Pero ¿de dónde habré yo sacao eso?

ROMÁN. ¡Qué sé yo! Porque usté no tiene na que venga de mí.

ISABELA. ¡Ay, qué gracioso! ¿Y sería una vengansa haberlo casao?

ROMÁN. Según. Con la novia que yo tenía, desde luego.

ISABELA. ¿Qué fué de eya?

ROMÁN. *Tras una breve pausa.* «Rabió».

ISABELA. Usté dispense, entonses.

ROMÁN. ¡Quite usté; si estoy de enhorabuena!

ISABELA. Eso sí. Si era de *rabiá*, más vale que haga *rabiao* antes que después.

ROMÁN. Pos era, era de *rabiá*.

ISABELA. Ya se ha visto.

ROMÁN. Y luego... ¡qué gentusa! Er padre, un sinvergüensa; y la madre... la madre, consonante der padre, como dise un amigo mío que escribe *cuplés*.

ISABELA. Ahora que usté habla de eso, sepa usté que to er mundo opinaba que iba usté a está muy mal empleao.

ROMÁN. ¡Como que yo entré ayí sin sabé dónde me metí! Totá: porque la muchacha torsía un poquiyo un pie, y a mí eso me hase gracia. Miste qué detaye.

ISABELA. ¿Sí, eh? *Maquinalmente tuerce un piécito.* Pos yo me figuré, al encontrármelo a usté aquí, que iba usté pa su casa.

ROMÁN. Y pa mi casa voy.

ISABELA. No; pa la casa de eya.

ROMÁN. Eya se ha mudao. Más bien dicho, la han mandao mudá.

ISABELA. ¡Qué bochorno!

ROMÁN. Pero no por ningún escándalo suyo, no; la justisia es justisia. Sino que su padre dise que es borchevique y no le pagaba ar casero.

ISABELA. Un marchante borchevique tenemos nos-
otras que ya nos debe medio estanco.

ROMÁN. Eya vive ahora en la caye Rositas.

ISABELA. ¿Quién?

ROMÁN. Antonia.

ISABELA. Usté no se ha curao, Román.

ROMÁN. ¿Por qué?

ISABELA. Porque está usté enterao de la caye en que vive.

ROMÁN. Sí; pero no de la casa ni der número. Crea usté que me he curao. Tan curao estoy yo como usté, que paese mentira que haya estao mala. A usté le entró *er gripe* y a mí esa novia, y a los dos nos han dao ya de arta.

ISABELA. Eso.

ROMÁN. ¡Y vayan con Dios la novia y *er gripe*!

ISABELA. Eso.

ROMÁN. Y ahora... ¡a disfrutá usté de su salú y yo de la mial

ISABELA. Eso.

AMALIA. *Acercándoseles un poco nerviosa.* A mí me está dando angustia verlos a ustés de pie.

ROMÁN. ¿Cómo?

AMALIA. Que me está dando angustia verlos de pie; que les voy a sacá una siyita.

ISABELA. No, señora, no; muchísimas gracias. Si ya nos despedimos. Yo voy muy aprisa.

ROMÁN. Y yo no voy despasio tampoco.

AMALIA. Siendo así, como ustedes quieran.

ISABELA. Muchísimas gracias.

ROMÁN. Muchísimas gracias.

AMALIA. La ofresía de buena voluntá. *Vuelve a sentarse.*

ISABELA. Conque, Román, con Dios.

ROMÁN. Con Dios, Isabela. Me he alegrao yo de este encuentro. Y usté ¿adónde va por aquí?

ISABELA. Voy a la caye Francos por un percaliyo, sino que voy buscando la sombra.

ROMÁN. La sombra no nesecita usté buscarla, porque la tiene usté desde que nació.

ISABELA. Doradó que es usté, Román.

ROMÁN. Ahora soy platero.

ISABELA. ¿Ha cambiao usté de ofisio?

ROMÁN. Por lo menos, estoy hablando en plata.

ISABELA. Siempre con las mismas finuras.

ROMÁN. Son de nasimiento también, como la sombra que usté tiene.

Amalia no sabe ya reprimir su impaciencia y se agita en la silla. La pareja, aunque se despide, no se separa.

ISABELA. Pos que usté lo pase bien, Román.

ROMÁN. Vaya usté con Dios, Isabela.

ISABELA. Le dará usté a su padre memorias mías.

ROMÁN. Se las daré con mucho gusto. Y usté a su mamá de mi parte.

ISABELA. Gracias. A mi madre le es usté muy simpático.

ROMÁN. Y eya a mí. Y a la tita... a la tita le dará usté la enhorabuena o er pésame. Lo que quiera usté darle.

ISABELA. Mitá y mitá.

ROMÁN. Tabaco mezclao.

ISABELA. Eso.

ROMÁN. Ya iré a haserles a ustedes una visitita.

ISABELA. ¡Hombre, sí! Pa argo está usté libre. Nos tiene usté orvidás. Mi madre me lo desía ayé; no, an-

tié; no, tras de antié: Román se cree que hemos quitao el estanco.

ROMÁN. No, sino que...

ISABELA. ¿Qué?

ROMÁN. Na, que...

ISABELA. ¿Qué?

ROMÁN. Pos mire usté, Isabela: vorviendo a la plata: yo dejé de í por el estanco porque me paresió a mí notá que arguien me miraba ayí con malos ojos.

ISABELA. No sería yo.

ROMÁN. ¡Usté con malos ojos! ¡Vamos!

ISABELA. Sin finuras. Si no era yo, ¿quién era? ¿Quisá *Piñonate*?

ROMÁN. ¿*Piñonate*? ¡Pobre *Piñonate*! ¡Si estaba siempre más cayao que la esponja e los seyos!

ISABELA. ¡Por muchos gorges que le dieran! Verdá que sí.

ROMÁN. De más sabe usté quien yo digo.

ISABELA. No lo sé.

ROMÁN. Sí lo sabe.

ISABELA. ¡Que no lo sé!

ROMÁN. ¡Que no lo sabel!

ISABELA. ¡Por mi salú que no lo sé!

ROMÁN. ¡Vaya, le regalaré a usté el oído!

ISABELA. ¡Ave María Purísimal! ¿Va usté a hablar-me quisá de...?

ROMÁN. ¡De ésel!

ISABELA. ¡Si no he dicho de quién toavía!

ROMÁN. ¡Pos de ésel!

ISABELA. Sí, ¿verdá? ¿De ése?

ROMÁN. ¡De ésel!

ISABELA. ¡Várgame San Pedro y San Pablo!... ¿Pasa usté mucho por la Encarnasión?

ROMÁN. Casi toas las mañanas.

ISABELA. Y ¿ha reparao usté en un puesto de calabasas que paese un monte?

ROMÁN. He reparao.

ISABELA. Pos bueno, er puesto es de ése, y toas aqueyas calabasas son mías. Se las he dao yo pa que haga negosio y se consuele así de su mal ánge.

ROMÁN. ¿Que le ha dao usté calabasas a Jasinto?

ISABELA. Pero ¿no lo sabía usté?

ROMÁN. No lo sabía.

ISABELA. Sí lo sabía.

ROMÁN. ¡Que no lo sabía!

ISABELA. ¡Que no lo sabía!

ROMÁN. ¡Por mi salú que no lo sabía! ¿Cuándo ha sío ese acontecimiento?

ISABELA. Acontecimiento resurtó. Salió mi hombre del estanco que echaba chispas.

ROMÁN. Y un hombre así en un estanco es un peligro.

ISABELA. Por eso lo planté en la caye. No se le orvidará er Viernes Santo.

ROMÁN. ¿Er Viernes Santo fué?

ISABELA. Er Viernes Santo.

ROMÁN. ¡Qué casualidá!

ISABELA. ¿Casualidá? ¿Por qué?

ROMÁN. ¡Porque ese día reñí yo también con Antonia!

ISABELA. ¿Er Viernes Santo?

ROMÁN. ¡Er Viernes Santo por la tarde!

ISABELA. ¿También por la tarde?

ROMÁN. ¿Por la tarde fueron las calabasas a Jasinto?

ISABELA. ¡Por la tarde!

ROMÁN. ¡Señores! ¡Se cuenta y no se creel

ISABELA. Eso.

Amalia ya no puede más y entra en su casa decidida.

AMALIA. ¡Vaya!

ROMÁN. Pero ¡que se cuenta y no se creel! ¡Ja, ja, ja! Deje usté que me ría.

ISABELA. ¡Cosas der demonio er Viernes Santo!

ROMÁN. No; si de lo que me río es de que le haya usté dao calabazas a un tipo como ese, que a tos en la tertulia del estanco nos miraba con compasión. Er más rico, é; er más arto, é; er más guapo, é; er más grasioso, é...

ISABELA. Y er más chato, é. Y así se lo dije: que le fartaba un deo de narises pa que yo lo quisiera. Y que er genio se pué modificá con la educasión y con er trato; pero que la nariz no tiene remedio: se muerre uno con la que nase.

ROMÁN. ¡Ja, ja, ja!

Sale Amalia con una silla, que le ofrece a Isabela.

AMALIA. Ea, tenga usté.

ISABELA. Pero ¡señora!

AMALIA. Ahora se sienta usté o no se sienta; pero yo me queo así más tranquila.

ISABELA. Me sentaré un momento, no vaya usté a tomarlo a desaire.

AMALIA. ¡Claro está! Y ahora voy por otra pa usté.

ROMÁN. Como usté guste; muchas gracias.

AMALIA. ¡Digo! ¡Con lo que toavía tienen ustés que hablál! ¡Y eso que están de prisal! *Entra en su casa nuevamente.*

ISABELA. Ha estao oportuna la mujé.

ROMÁN. ¿Usté la conose?

ISABELA. Yo no.

ROMÁN. ¿No? Yo pensé que usté la conosía.

ISABELA. Pero ¿usté no la conose tampoco?

ROMÁN. Yo no la he visto hasta esta tarde.

ISABELA. Doble amabilidad. Esto no susede más que en Seviya.

Vuelve Amalia con la silla para el mocito.

AMALIA. Aquí la tiene usté.

ROMÁN. Estimando, señora.

AMALIA. Amalia Ortega, pa servir a ustedes. *Po-*

déis hablá tranquilos, que por esta caye cuasi no pasa un arma.

ISABELA. Pos ya que es usté tan amable, ¿me querría usté traé una poquita e agua?

AMALIA. ¡No que no, hija mía! ¡Ahora mismol! ¿A qué está una? Se seca la garganta de hablá.

ISABELA. Dios se lo pague a usté, señora.

Amalia va a irse; pero antes le dice a Román, tocándole en un hombro y mirando complacida a Isabela:

AMALIA. Tienes muy buen gusto.

ROMÁN. Doradó que soy.

ISABELA. ¡Ja, ja, ja!

Vase adentro Amalia.

ROMÁN. Esto sí que hay que verlo pa creerlo.

ISABELA. ¿Qué pensará cuarquiera que pase y nos encuentre de esta forma?

ROMÁN. To menos que una mujé a quien ninguno de los dos conosemos se ha empeñado en sacarnos una siyita.

ISABELA. Argunas veses engañan las apariencias.

ROMÁN. ¿Cree usté que engañan esta vez?

ISABELA. Espere usté que beba el agua pa contestarle.

ROMÁN. Pos mientras viene el agua, oiga usté esta copla:

Queré que andá nesesita
es queré de caye o plasa;
queré que toma siyita
es queré que ya está en casa.

Isabela, ruborosa, se cubre el rostro con el abanico; pero mira sonriente a Román por entre las varillas.

FIN

Madrid, Julio, 1919.